

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . .	24 reales.
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincia, cuyo abono termina en mayo, se servirán renovarlo oportunamente, si no quieren experimentar retraso. La administracion tiene que dar de baja al que no haya renovado la suscripción para el primer reparto del mes próximo.

Como suelen estraviarse muchas cartas con sellos, creemos que el medio mas seguro es una libranza sobre el giro mutuo ó sobre cualquiera casa de comercio de esta corte.

El Administrador,
SEBASTIAN CASELLAS Y SEGURA.

¡OJEO!

El último número de GIL BLAS fué recogido, denunciado y secuestrado.

Vamos á cuentas.

Llevamos publicados 24 números, sin contar el presente, porque aun se ignora la suerte que le espera.

En estos 24 números hemos sufrido las siguientes

	Recojidas.
Una caricatura del núm. 8.	1
Siete idem del número 16.	7
Una del núm. 20.	1
Una del núm. 21.	1
Dos del núm. 22.	2
Una del núm. 24.	1
TOTAL.	13

	Denuncias.
Cinco sueltos del núm. 13.	5
Dos artículos y un suelto del número 18 (causa sobreseida por haberse presentado el juez en la imprenta antes de transcurrir las dos horas que marca la ley para la publicacion).	3
Dos artículos, una advertencia y cuatro sueltos del número 24.	7
TOTAL.	15

De modo que los 24 números que ustedes llevan recibidos puntualmente, nos han proporcionado:

Recogidas.	13
Denuncias.	15

Total de percances. 28

No contamos la denuncia de la protesta de la prensa independiente, ni una demanda de injuria y calumnia, ni cinco números inutilizados y compuestos de nuevo.

Si algun dia llegara yo á brindar en un banquete con Gonzalez Brabo por la libertad de imprenta, daria gusto el oirme.

Pero no, mas gusto daria el oir á Gonzalez Brabo.

Porque el ministro de la Gobernacion hace lo que quiere de la palabra.

La desgracia está en que nunca quiere lo que debe.

Escrito lo anterior, recibimos aviso de que la caricatura de este número ha sido tambien prohibida.

28 y uno, 29.

Nada hemos ganado con el Sr. Belda.

El reinado de los buenos mozos tiene un enemigo formidable en el GIL BLAS.

Este enemigo declarado se llama calañés. Los andaluces del gobierno son infieles á sus tradiciones.

¿Qué dirán los mozos cruos de Loja, de Granada y de Cabra, cuando sepan que en el GIL BLAS de hoy ha sido prohibido un calañés sobre un palo?

Hasta cierto punto, puede admitirse que mortifique el amor propio de un ministro el que haya un periódico capaz de colocar debajo del calañés el cuerpo jacarandoso de todo un duque de Valencia.

¡Pero prohibir un calañés sobre un palo! Señores, ¿vivimos en Madrid ó en Cabra?

Y nos acordamos de Cabra, porque de allí vino de diputado el actual gobernador Don Martin Belda, que para GIL BLAS se diferencia del anterior gobernador en que es menos atento, y hasta diria menos político, si no me constara que los dos son moderados.

Hasta ahora ha sido el calañés una prenda nacional.

Desde hoy será una prenda prohibida.

—¿Quién vive?

—Un calañés.

—Cabo de guardia, el enemigo.

Consuélate, alma mia, un andaluz lo inventó y otro andaluz lo prohíbe.

A mí me castigan por haber puesto un calañés sobre un palo.

En cambio Gonzalez Brabo queria poner en un palo á los ministros.

¡Y él es hoy ministro!

Despues de todo, la situacion es fuerte, la situacion se consolida.

En habiendo un hombre que sea gobernador de Madrid á condicion de enseñar las caricaturas de GIL BLAS anticipadamente á Don Ramon, para prohibir las que no agraden á S. E., la patria estará de enhorabuena.

¡Y qué crueldad! GIL BLAS nació bajo esta situacion de calañés, y tiene amor al trage del país.

No, yo no puedo renunciar al calañés. ¡Antes morir!

Mis lectores pueden estar tranquilos: todas las caricaturas prohibidas las recibirán así que haya ocasion oportuna. Guardamos los dibujos, y nos hemos propuesto completar la coleccion.

Caerá un dia este Sr. Narvaez.

Tras él irá yo á Loja llevando un calañés por bandera.

La gracia de Andalucía volverá á recobrar entonces su imperio sobre las almas.

Ofrezco, pues, á mis amigos para ese dia las caricaturas que hoy me prohiben.

Quizá entonces pueda un hombre ser gracioso sin ser viejo, y ser ministro sin ser tirano.

Voy á acabar.

Es tarde, y sale la luna.

Don Ramon, la luna me parece un calañés de luz. Recoja Vd. la luna.

GIL BLAS.

EL GENERAL CIALDINI.

Un general italiano en Madrid debe llamar necesariamente la atencion del bando neo-católico.

Hace pocos dias se recibió un despacho de París que venia á significar:

—Ha llegado Olózaga, y le sigo la pista.

Con este motivo dice *La Regeneracion*:

—Ha llegado á esta corte el general Cialdini. ¿No hay quién le siga la pista?

¡Pues no ha de haber!

La policia se ha encargado de vigilar los pasos del extranjero, y aquí tienen Vds. algunos detalles que pueden dar mucha luz sobre las intenciones del ilustre general:

Embarcadero del Mediodía.

Excmo. Sr.: He visto desembarcar al general.

Apenas puso el pié en tierra, dió un tropezon, y encarándose conmigo añadió:

—¡Per Dio!

¡Sin duda lo dijo por mí! Conste que solo merced á la prudencia que se me ha encargado, he podido tolerar que un *extrangis* me llame *perdio*.

Varios amigos le esperaban, y cuchichearon largo rato. Uno le dió la mano de una manera particular. Yo creo que son *masones*. ¡Ojo!

Luego entró en un coche, y al despedirse de dos caballeros, les dijo por lo bajo:

—*Questa sera.*

Yo creí entender: *será en la Cuesta*. Sin duda es una cita para la *Cuesta* de la Vega. ¡Ojo!

Voy á disponer que mi gente vigile ese sitio.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Juan Correlargo.

Calle de Alcalá, ocho de la mañana.

Excmo. Sr.: He vigilado toda la noche á los que han entrado á ver al general Cialdini. Malas caras. Embozados. Olor de chamusquina.

Segun me ha dicho el cocinero, á las once y media preguntó el general que cuando habia toros. ¿Eh? ¡Toritos!

El aguador me asegura que vió salir de su cuarto un mozo con macarrones. Esto quiere decir algo.

A la una se acostó. Dicen que ronca.

Son las seis: sigue roncando.

A las siete y media despierta y pide un vaso de leche.

Ignoro si la ha bebido.

El barbero que le ha afeitado me participa que queda poniéndose las botas.

Dios guarde á V. E. muchos años.

José Buena-vista.

Teatro de la Zarzuela.

Excmo. Sr.: El general Cialdini ha visto la funcion desde un palco.

Cuando dice Arderius: ¡Se va á armar la gorda! entre las risas del público se oyó la voz del general, que gritaba: ¡Bravo!

Esto me da mala espina.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Geromo el de los Lunares.

Cuesta de la Vega.

Excmo. Sr.: Dos dias llevo vigilando este sitio.

Con motivo de la romería de San Isidro, he visto pasar mucha gente sospechosa. ¡Ojo!

Le he pegado un coscorron á uno del organillo que tocaba el himno de Garibaldi.

En cuanto al general Cialdini, no le he visto por esta *Cuesta*.

Tentado estoy por creer que se referia á la *Cuesta* de Santo Domingo. ¡Ojo!

Pondré á V. E. al corriente de cuanto observe.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Juan Correlargo.

La Regeneracion debe estar contenta.

Al general Cialdini se le sigue la pista, y de este modo estaremos al corriente de cuantos pasos dé en Madrid.

De esta manera debe vigilarse tambien á los cate-dráticos de Madrid, y á los estudiantes.

Y á los periodistas que firmaron la *protesta*.

Y á todos los que compraron pitos en San Isidro.

Luis Rivera.

DOS AFRICANOS.

—¿Qué hay, Ben-Rat-Apoal?

—¡Alá es grande!

—¡No digo yo que sea chico! pero ¿dónde me dejas al Sire?

—¡Oh!

—Ya ves que él mismo lo ha dicho. Todo lo que les cuenta á los galos de que nos conquista, es patarata. Lo único que hace, á semejanza del otro Sir, es darnos un gobierno mas dulce.

—¡Oh, me gusta el dulce!

—¡Grande es el Sire! Al papa de Roma le dice que es católico sincero; pero delante de nosotros, la verdad sale de sus labios y se regodea con el gustazo de que

invocaremos el juicio de Dios, despachurrando galos.

—¡Oh los galos con cresta... manjar bueno!

—Es tan grande el Sire, que no teme confesar que nuestro profeta tuvo razon cuando dijo viva quien vence. Como que bien claro lo dice: él ha recibido el poder de Dios, que en francés se llama sufragio universal, y por tanto, su poder es divino.

—¡Oh vino!... Beber vino... heterodoxia seductora.

—El nos quiere civilizar: no puede consentir que vivamos como cerdos.

—¡Oh cerdos... gorditos, sabrosos por Alá!

—Ya ves: ha prometido respetar nuestra religion, y lo que él promete... Viviremos con los franceses como hermanos. ¿No me escuchas?

—Si, manos, ¡oh manos de cerdos...

—No te duermas, que la palabra del Sire debe ser oída con recogimiento (estornuda) ¡pihc! miento.

—¡Oh! no mientas, que pecas.

—Cada dia tomaremos mayor parte en la administracion.

—¡Oh!

—Y ya ves si nos tiene cuenta. Vamos á ser africanos franceses: en vez de una patria, tendremos dos; en vez de tener independencia salvaje, tendremos siempre *gloar* y policia secreta.

—¡Oh como en nuestra antigua España!

—Cabal. El Sire lo dice todo claro, aunque con acento nasal. Nosotros somos dos millones, y los franceses cuarenta millones: luego es justo que él sea quien nos soberanee. Y además, dice muy bien el Sire: le hemos prestado juramento y no hay remedio: ó damos un golpe de Estado, ó tenemos que cumplir lo que juramos. ¡Oh! bien sabe el Sire lo que son esas cosas. Y tampoco ignora nuestro deber, segun el Koran.

—¡Koran! ¿Libro viejo?

—¡Libro sagrado! Mira como nos citó el capítulo del *Arrepentimiento*. ¡Vaya! Pasó diez años estudiando en la universidad de Ham.

—¡Haaam! Yo apetito, yo disgustado de galos sin cresta y con escopeta.

—Agradece al Sire las lisonjeras espresiones con que ha ensalzado á los que le somos fieles.

—¿A Mahoma?

—No, á él.

—El infiel.

—No, ya eso de fieles é infieles no se refiere á la ley del Profeta: todos somos hermanastros. Ya el Sire recuerda con gusto que tenemos grandes recuerdos de la madre patria, de Francia.

—¡Oh! si: monton de papeletas de contribucion y balazo en muslo. ¡Alá es grande y agujero de bala tambien!

—El Sire es católico sincero, y sin embargo, ya que lo que se dice aqui no se oye desde Roma, nos encarga que creamos lo que reza el Koran, sobre todo en el capítulo VII: alli donde espresa terminantemente que los electores franceses están inspirados de un Espíritu Santo que tienen los cristianos.

—¡Oh! cosa revesada, mas sueño todavia. ¡Alá es grande, cama es blanda! Yo con dos patrias quiero dormir en alguna.

—¡Oh bárbaro africano!... ¡Chien d'africain, va! El Sire me manda que adormezca á mis compatriotas. ¿Ya roncas? ¡Cumplí con mi deber!

Roberto Robert.

ELLA Y EL.

Ella es el ángel que yo idolatro y cuyas gracias me vuelven chocho; la cortesana del año de ocho, la camorrista del treinta y cuatro. La que por tonta sufre reveses y penas llora, la maltratada por los *ingleses* antes y ahora.

El es la sombra que me da enojos, la pesadilla que me atormenta; lo que á los niños es la pimienta, lo que es la caza para los cojos. Lo que me alegra y al par me irrita con sus deslices; lo que mas léjos á ver me escita de sus narices.

Ella mantiene cien papanatas que hace ya tiempo que la desdoran; pero es la madre de cuantos lloran, y al par es pobre como las ratas. Treinta años hace que aun era bella como ninguna; hoy hasta el darle lo que fué de ella llama fortuna.

El es conjunto de aberraciones, olla podrida de atrocidades, mesa revuelta de voluntades que solo guardan contradicciones. El es la oruga de aquel capullo ya sin esencia; él es envidia, doblez, orgullo, y ella inocencia.

Ella revive cual la esperanza, y alegre muestra su pecho herido; ella á la muerte la llama olvido, y su justicia nunca es venganza. A cada ultraje de sus contrarios más se sublima; sabe que en casos extraordinarios siempre va encima.

El es la nube y ella es el cielo; él es la yerba y ella es el fruto; cuando es él César, es ella Bruto; cuando él se arrastra, ella alza el vuelo. El sus momentos contados tiene, y eterna es ella; él no se sabe de dónde viene ni de su paso dejará huella.

El se prepara para irse al cuerno, y ella al mirarle canta victoria; ella va al limbo y él al infierno, que segun datos de nuestra historia, ella es la *Patria* y él el *Gobierno*.

M. del Palacio.

UN VIAJE DE PLACER.

(NOVELA ORIGINALISIMA.)

I.

En el camino.

Estamos en el wagon de un tren especial.

Un caballero de estatura regular (tiene cuatro piés), de mirada lánguida é insegura, de bigote muy largo, impregnado de cosmético, interrumpe la lectura de *La Presse* para responder á un viajero, que le pregunta:

—¿Va Vd. á Madrid?

—*Out*; responde el del bigote encerado. Yo ir á Madrid, mas primero á Arangües, ¿sabe osté, señor?

—Si; ¿tiene Vd. familia en Aranjuez?

—No, tener una familia amica mio á quien venir recomendado...

—Su fisonomía de Vd. no me es á mí desconocida...

—¡Ah! ¡Yo creo muy bien! A mí conocerme mucho mundo, y algunas personas más.

—¿Vd. es artista, verdad?

—*Out*, funámbulo, ¿sabe osté, señor?

—Si, Si, Vd. se llama...

—Luis; ¡serviteur!

—¡Hombre! Se llama Vd. como Gonzalez Brabo...

—*Out*; D. Gonzalez Brabo, yo conozco por sus obras...

—Lo creo.

—*C'est l'enfant gaté* de España; ¿no?

—Si, algo de *gaté* tiene, segun dicen. Y despues de estar en Aranjuez piensa Vd...

—¿Ver la corte? ¡Oh, sigurramente!

—Si en algo puedo servirle, yo me llamo Andana...

—¡Ah! *Merci bien*, Sr. Andana.

II.

En Aranjuez.

—Muchacho, ¿has comprado las velas de sebo?

—Si señor.

—¿Y el té negro?

—Si señor; té *extra*.

—¿Y las cornucopias?

—Ya lo creo!

—Bueno. ¿Has contratado la orquesta?

—¡Y que es floja, por vida mia! Tres *vigulines*, un *trombon*, unas castañuelas, un cornetin...

—¿De llaves?

—Si señor, de llaves de oro.

—Está bien, ¿has dispuesto la comida?

—Hay unos callos que llaman á Dios de tú.

—¿Y qué más?

—Olla podrida.

—¿Y qué más?

—Sopa á la reina.

—¿Y qué más?

—Boquerones de Loja y suspiros de monja.

—Eres un gran pinche. ¡Ten cuidado cuando venga nuestro viajero! Que vea que aquí tiramos de largo! Dí que aten el perro.

III.

La llegada.

Coro de villanos.—¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Valientes narices tiene!

Los amos de la casa.—¡Pase osté, cuerpo bonito, que osté viene á su casa! ¡Bendita sea la gracia!

El recién-venido.—¡Merci bien! ¡Merci bien!

Un chulo.—(Saludando despues de escupir por el colmillo.) ¡A la paz de Dios,—compare! (*Aparte*.) ¡Páese una salamanquesa!

Un caballero gordo.—Veo que ha llegado Vd. perfectamente bien, y me congratulo; yo estoy perfectamente bien enterado de sus buenas prendas de Vd., le ofrezco mis servicios, y me congratulo. Sé perfectamente que salvando obstáculos y dificultades ha llegado Vd. al país de la gente del bronce, sin mas obje-

EL TROPIEZO DE HOY.

Tambien ha sido prohibida la caricatura de este número.

Representaba un calañés sobre un palo del que colgaba un sable.

Un joven lo miraba y decía:

— ¡Balle!; Pues si es un palo!; ¡B desde lejos parecia un héroe!

Lo decía mas la caricatura.

Segun nuestras noticias, el Gobernador que la ha prohibido, creyó que el palo podia tomarse por el cuerpo de S. Ramon Maria Sarvaer.

¡Bodo por un calañés!

to que el de demostrarnos su amistad y su aquel, y tambien me congratulo.

El coro.—¡Congratulémonos, congratulémonos!

El recién-venido.—Estár bastante barbaridades estos jóvenes gentes, yo creo.

Un sargento.—(¿A que le suerto un palo?)

IV.

Un francés y un andaluz.

—Ya ma enterao mi amo de lo que Vd. quie preguntarme. Eche osté po esa boca.

—Yo estar un póquito... un póquito... como dise osté á...

—*Escamao*, vamos, *escamao*! ¡Ya la he cogio!

—Precisamente; *escamé*, un poquito. Yo deseo establecer á Madrid una fábrica de jabón, ¿sabe osté señor?

—¡Mucho! Pues miste, yo, ¿osté se entera? entendiendo la seguridad de no perder mi acomodo, jaré too lo que osté quiera; porque yo... ¿osté se entera, mon-zieur? soy, vamos al decir, un hombre, que en teniendo segura la bucólica, y una jara en er borsillo... lo emás no me importa dos cominos. ¿Sa enterao osté ya?

—¡Eh bien! Osté tendrá sus *cominós* y su *bucolique*.

—¡Toque osté ahí! ¡Osté es mi pare!

—(¡*Saperlot!* ¡*Je suis bien content!*!)

—¡Ole!

V.

Memorias de un viajero.

(Traducidas del francés por GIL BLAS.)

«Llegué á España, y la ví, y no la conocí. Pobrecilla! Está como el gallo de Moron, del cual, dicho sea de paso, no he podido encontrar una cría por mas que la he buscado. Veo que aquí nadie se ocupa mas que de fumar cigarrillos de papel, escribir periódicos, ir á los toros y á la cárcel. Las costumbres son bien extrañas. Los curas predicán contra las publicaciones liberales. A los liberales que comen los encausan, y á los barberos les dan destinos gordos. No hay un cuarto, y el papel no tiene cambio. Todos los hombres grandes son militares, y hay un periódico que se llama *Los Tiempos*. ¿Será verdad lo que me ha dicho un escritor? ¿Será verdad que este es un país... de abanico? Pues bien; ¡me haré aire!»

Eusebio Blasco.

DOS DISCURSITOS.

Por fin llegó el día... Nose alegren Vds., que no hablo de la caída del ministerio.

Este día era el señalado para la interpelacion del señor Fernandez de la Hoz, sobre la destitucion del ayuntamiento.

De tiempo atrás venia anunciada la interpelacion del digno diputado por Madrid.

El Sr. Gonzalez Brabo se complacia, al parecer, en aplazarla:

—La dejaremos para el lunes.

—No; la dejaremos para mañana.

—El Sr. Fernandez de la Hoz hablará cuando termine la interpelacion del Sr. Romero Ortiz.

—Se acuerda que mañana á primera hora hablará el Sr. Fernandez de la Hoz.

—Tampoco puede ser hoy, porque sale la Reina para Aranjuez, y el Sr. Gonzalez Brabo tiene que despa-char.

Llegó por fin el juéves.

El diputado por Madrid ha pronunciado un magnífico discurso, demostrando las ilegalidades cometidas por el gobierno al disolver injustamente la corporacion municipal de la Côte.

Aludidos por S. S., han usado de la palabra dos oradores nuevos para los lectores de GIL BLAS.

El Sr. Peyronet y D. Gonzalo Saavedra.

El primero tiene todas las condiciones de un orador de los primitivos tiempos.

Su cabeza parece ruda de lejos, y despues que se le oye, se convence uno de que es la corteza de su cerebro.

La elocuencia, al brotar de aquella boca inocente, salta á la arena desnuda,—y sin hoja de parra.

No titubea el infeliz: dice lo que le sale de adentro, como un serpentón que sonara solo en un escenario vacío.

Apenas ha pronunciado cuatro palabras, le advierte un murmullo que ha dicho una tontería, y sigue sonando con la cabeza baja como si quisiera decir á sus palabras: ¡Escondelos debajo de los bancos!

¡Oid, ciudadanos!

El Sr. Peyronet.—Señores diputados: Yo soy un hombre de orden, y mi conducta es muy sencilla. Yo era concejal, hoy soy concejal, y quizá mañana me sorprenda la historia de concejal.

En la noche del 10 me dieron un trancazo los guardias veteranos, pero sin malicia, por supuesto.

Como el trancazo no me mató, pude esclamar:

—¡Hombre! ¿qué hace Vd.? Yo soy un concejal.

Y entonces los guardias, ¡qué finos, qué atentos! no me pegaron el segundo trancazo, porque soy un hombre de orden, y los guardias protejen á los hombres de orden.

Voy á explicar el motivo de haber suspendido el ayuntamiento la procesion del Jueves y Viernes Santo.

Teniendo en cuenta los trancazos del lunes, la gente estaba resentida, y como en las procesiones suele haber alborotos y escándalos (*Risas en todas partes*), pues, el caso es que digimós: ¡Que demonios, mejor es que se suspenda!

Por lo demas, yo era concejal, y hoy soy concejal, y soy hombre sincero, que obra como hombre de orden, que vota con el gobierno y es diputado de la nacion.

Por trancazo mas ó menos no habia yo de reñir con el gobierno. ¿Qué seria del orden sin trancazos? He dicho lo bastante para que se comprenda mi sinceridad, y me caigo sinceramente en el banco.

Y se sentó de golpe.

En cuanto al discursito del Sr. Saavedra, teniente alcalde de Madrid, puede reducirse á lo siguiente:

El Sr. Saavedra.—Voy á hacerme cargo de una alusion, no como teniente-alcalde, sino como perito. Señores diputados: yo soy teniente-alcalde, pero fui nombrado perito en la primera corrida de toros, para reconocer la plaza.

Y como perito, no como teniente-alcalde, ví que estaba la arena mojada, y no se debia hacer el despejo por la guardia veterana.

Así se lo dije á los ministros, que me hicieron el honor de ver en mí un perito, no un teniente-alcalde.

Una vez convencido todo el mundo de que yo era perito, no teniente-alcalde, puedo referir las siguientes palabras que me dirigió el presidente del Consejo:

—Señor perito, la fuerza pública concurrirá á los sitios que tiene de costumbre: ahora cumpla Vd. con su deber de perito.

¿Cuál era, pues, mi deber de perito?

Pues mi deber de perito, señores diputados, era examinar la arena, y ver si estaba húmeda.

Ahora bien: con aquellas humedades, yo que soy perito en la materia, ¿podia consentir que saliera la guardia veterana á hacer el despejo?

¡No, y mil veces no! Nótese, sin embargo, que hablaba como perito, no como teniente-alcalde.

Y dicho esto, ó cosa parecida, se sentó el aristocrático perito.

GIL BLAS.

DESAHOGOS INOCENTES.

Salió á Sinforoso en la calle del Pez un can rabioso, y al señor don Casiano en la noche del diez un veterano. ¿Lo vé Vd., doña Blasa? Ya no se puede ni salir de casa.

El nuevo director de loterías, en uso natural de sus funciones, anunciará estos dias que va á pagar las aproximaciones; yo aruncio desde ahora que prohibo jugar á mi señora.

Comparan la cabeza de Ramon á un soberbio melon; mas ¡ay! que á ese melon le falta el rabo! ¿Por dónde anda Don Luis Gonzalez Brabo?

Fumé una tagarnina,
y casi casi reventé de angina.
Mi doctor, elocuente como un Graco,
en un discurso defendió el tabaco,
y hoy tengo una ronquera
que puedo regalársela á cualquiera.
¡Fíese Vd. en médicos honrados
que por la Hacienda están subvencionados!

Un papel á mis plantas trajo el viento;
estaba en blanco, y lo escribí al momento;
y un fatalista, cuya fé no admito,
me dijo muy formal: ¡estaba escrito!
Si creo en el destino, ¿qué me pasa?
que no puedo escribir, y es una *guasa*!

Un tenor de presencia muy bonita,
cometió haciendo el *Fausto* en mi presencia
la solemne imprudencia
de besar á su gusto á *Margarita*.
¡Hay empresarios en Madrid muy tercios!
¿quién echa margaritas á los puercos?

Una vez que cobré mi sueldo entero
me compré cuatro duros de sombrero,
y al saludar á un padre muy rollizo,
dió el sombrero en un poste, y se deshizo.
Desde entonces... lo que es este compadre
no se quita el sombrero á ningún padre!

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

De la romería de San Isidro no ha resultado mas
que un robo, nueve heridas, un atropello, dos garro-
tazos y varios bofetones de cuello derecho.

Por lo demás, la guardia veterana estaba allí sin
mas armas que un machete, un revolver de seis tiros,
y una carabina por plaza.

Adios, prenda adorada.
¡te vas... y yo me quedo...
y no me importa nada!
¿te acordarás de mí? Dios no lo quiera:
prefiero que te acuerdes de cualquiera.
Yo que soy encumplidos hombre ducho,
te digo:—¡Adios, que te diviertas mucho!

¡Pueblos, no tengais penas, *que me jundo*!
¿Qué haya una crisis mas, qué importa al mundo?

Amigo Salas, ¿por qué no hacen en su teatro de
Vd. el *Dominó azul*? Hace mucho tiempo que no lo he-
mos visto, y á mí me gusta tanto aquello de:
Que va á poner en claro la picardía.
¿Pues y el lindo final del primer acto?

En el festin
me miro ya.
¡Respiro al fin,
el rey se va!
¡Vaya con Dios
su magestad!

¡Vamos, hombre, que se repita!

Vean Vds. qué bonita canción:

La capa del estudiante
parece un jardín de flores,
¡toda llena de suplentes
de unos cuantos profesores!

Todos los dias nos dá cuenta *La Correspondencia*
de que ha *llovido* en diferentes provincias de España.
Es de suponer que en cuanto empiece el calor nos
dará tambien cuenta de que ha *tronado*.

Fueron á San Isidro el otro día D. Ramon y D. Luis.
D. Ramon iba contándole á D. Luis la historia del
Santo Patron de Madrid.

Y le decía:

—Una vez sacó agua de las piedras.
A lo cual respondió D. Luis:
—Yo he sacado sofismas y no soy santo,

¡Aseguran que nos van á llevar á Filipinas!
Un compañero mio me decía ayer:
—¡Chico, pronto nos van á meter en el *tren*!
—Perdona, le repliqué: yo creo que nos van á me-
ter en la *trena*.

Dicen que á un príncipe chino
de origen casi divino,
y con su gran moño atrás,
ha dado un gran sopicaldo
mi amigo D. Sinibaldo
de Mas.

Colonia será latina
dentro de poco la China,
y tú, lector, lo verás,
como del progreso heraldo
siga allí D. Sinibaldo...
de mas.

Parece que si se realiza al fin la visita de Luis Na-
poleon, vendrá tambien el duque de Montpensier, que
se encargará de hacerle los honores, como mas versa-
do en su lengua.

Los ilustres primos no se han visto hace mucho
tiempo.

Se cree que entre las fiestas que se preparan al
emperador de los franceses, figuran en primera línea
una corrida de toros y una revista militar.

Los neos afirman que tambien habrá procesion.

Ya ha tomado asiento en el Congreso el Sr. Mon-
talvan.

Con este motivo, el general Narvaez le dirige al-
guna que otra vez miradas en las que se descubre todo
el amor de un veterano.

Pocas horas antes de que el Sr. Montalvan jurara
el cargo de diputado, decía el Sr. Cláros, hablando de
enseñanza, que echaba de menos una clase de música.

¿No le parece á su señoría bastante la que des-
empeña el erudito D. Ramon?

Segun anuncian los diarios, en algun pueblo de
las inmediaciones de Madrid se ha presentado la lan-
gosta.

Todo sea por Dios.

Los rumores de crisis han fallecido.
El duelo, en lugar de despedirse, se queda.
La entrada al cementerio será por medio de bille-
tes... hipotecarios.

Un señor, que será indudablemente un buen se-
ñor, pero que jamás ha tenido como empleado mas de
siete ó ocho mil reales de sueldo, va, segun parece,
de administrador de rentas á Fernando Poó, con tres
mil duros.

Este varon, que además de varon es *Varona*, pa-
rece que ha tenido la gracia de hacerse simpático al
general Narvaez.

El motivo acaso lo sabemos; pero solo podemos de-
cirlo al oído.

CANTARES.

Son tus ojos dos reflejos
de la guardia veterana;
si humilde les ruego, queman;
y si les huyo, me matan.

Vámonos los dos queriendo,
y será de tal manera,
que yo te diré al oído
cuándo á la baja se juega.

Una cosa haré por tí,
la que tú por mí no harás,
pagarte lo que te quiero
con alguna credencial.

Ya no soy yo quien solia
morillo de mala lengua;
me volvieron renegado
las deudas... de mi conciencia.

¿De qué te sirve llevar
el espadon afilado?
Tu mano la sangre vierte
siempre por segunda mano.

Mis arreos son las armas,
mi descanso, pelear,
y en la calle de los Negros
una *estátua* me pondrán.

Salí al patio de la cárcel,
miré al cielo y dí un suspiro;
¡cuántos mas malos que yo
han sido y serán ministros!

Escribistes en la arena
y firmastes en un charco,
y hoy te llaman por ahí
el billete hipotecario.

El cuerpo me hiede á plomo,
y el corazón á puñales,
y hasta el bolsillo me tiembla
cuando le hablo de Narvaez.

Podrido tienes el fruto,
podrida tienes la rama,
¿qué extraño vengas al suelo
de la noche á la mañana?

Procedente de Filipinas ha llegado á Madrid el que
era gobernador, capitán general de aquellas islas,
D. Rafael Echagüe.

Su despedida fué alumbrada por la antorcha de
50.000 quintales de tabaco, que sin duda quisieron
quemarse para que los habitantes pudieran decir á S. E.

—La del humo.

En cambio S. E. se diría á sí mismo:

—Ahi queda eso.

Aseguran varios periódicos que el general Echa-
güe ha recibido á su llegada á Madrid señaladas
pruebas de deferencia.

Esto solo se concibe ignorando la historia de la do-
minación de S. E. en las desdichadas islas Filipinas.

En loor del Sr. Echagüe, cuenta la crónica este
rasgo soberbio:

Cuando el terremoto de Manila, S. E. no se quitó
las botas en dos dias.

Desgracia fué de S. E.

Aunque por otra parte, siempre es bueno tener las
botas puestas.

—Sr. D. Ramon: tengo el gusto de anunciar á Vd.
que Mr. Emilio Girardin va á dar á luz muy pronto un
libro titulado *Del derecho de castigar*. ¿Quiere Vd. un
ejemplar?

—No zeñó: si eze libro ze yamase *Del modo de cas-
tigar*, yo mercaría arguno, por mor de ver zi ze había
descubierto argo útil para mí, aunque lo creo mu di-
físil.

—¡Y tanto!

Tanta teología apesta,
dijo en el Congreso Cláros,
y es la verdad que yo opino
tambien como el diputado.

El ayuntamiento de Sevilla trató de remitir unos
cuartos para socorrer á los heridos del 10 de abril.

En cuanto se enteró de ello el gobernador-corregi-
dor, Sr. Balboa, dijo: «Ea, caballeros, se cierra la se-
sion.»

Con este motivo, veinte concejales han presentado
su dimision.

¿Tendremos otro ayuntamiento de real orden?

Afortunadamente el gobierno no se apura por tan
poco.

Con un conflicto diario y un cuentecito de *Los
Tiempos*, la situación vive, vive, VIVE, y colea, co-
lea, COLEA.

Dos folletos políticos acaban de ver la luz pública.
Uno de nuestro querido amigo y compañero Ro-
berto Robert *Al partido democrático*, aconsejando la
union de socialistas y demócratas.

Otro de Carlos Rubio *Progresistas y demócratas*,
aconsejando tambien la union de ambos partidos.
¡Ya es hora!

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.